

Siempre que escucho la palabra sacerdote, pienso en don Julio Mata. Es para mí la mejor representación ideal de esa palabra (Padre amantísimo de todos y Representante de El Cristo en la Tierra). D. Julio era sencillamente bueno sin más adjetivos, ni comparativos, ni superlativos —que no hacían falta—. Y en plano natural era don Julio el mejor de nuestros eruditos. El más fino, el más documentado. ¿Cómo olvidar sus trabajos sobre historia de Socuéllamos y más recientemente sobre «El Carmen Descalzo en Daimiel».

D. Julio escribía casi todos los años en este Programa de Feria y Fiestas de Daimiel. ¿Como no recordarlo en éste, en el que ya no aparecerá su firma? D. Julio, —buen cazador de datos sobre historia local—, traía todos los años a estas páginas alguna que otra pieza de valor. Yo me preguntaba que haría para conseguirlo: ¡Cuántas horas de consulta y de trabajo!

Pero no creáis que don Julio Mata era solo Daimiel. Yo he visto a don Julio Mata —sin verlo materialmente— en Socuéllamos y en Argamasilla de Alba. Ahí están y estarán siempre sus obras, sus anécdotas, su presencia en la memoria de las gentes. Más de veintiocho años hace que don Julio estuvo de cura párroco en Argamasilla y sin embargo se le puede ver hoy día; especialísimamente en la Iglesia Parroquial que él salvó de la destrucción después de la época marxista. De esta curiosa época de la puesta al culto de la Parroquia de Argamasilla y de las obras de reconstrucción don Julio me contaba anécdotas jugosísimas, como aquella de un pobre hombre de Argamasilla que se prestó voluntariamente a pintarle las naves del templo y que resultó ser un bebedor de vino empedernido. ¡Cuántos rezos me costó! —me decía don Julio—. Siempre temía que en cualquier momento cayese aparatosamente del andamio. D. Julio Mata, conversador animadísimo, era también con frecuencia hombre chistoso y de una gracia poco común. No me cabe duda que en sus conversaciones celestiales hará reír algunas veces a los ángeles.

Pero la triste realidad es que don Julio se nos ha ido; se nos ha ido, aunque solo su figura corporal humana y bonachona es la que nunca más veremos, ya que obra su espíritu, su cosecha quedaron aquí, y mientras un solo feligrés de cualquiera de sus amados pueblos le recuerde, no podemos decir que ha muerto don Julio Mata. Y aún después que todos desaparezcamos, aún después que hayamos sido borrados de la negra y dura pizarra de la vida, don Julio seguirá viviendo en las piedras de sus templos, en los murales y pinturas que se crearon por su iniciativa, en sus trabajos de erudición y en el aire y en el sol de estos pueblos —como Daimiel— que él amó tanto y para los que fué algo más que un hombre. (Yo creo que los sacerdotes no mueren nunca, yo creo que un ser que es capaz consagrar, no muere, y que veremos siempre sus manos en todas las elevaciones de Hostia y Cáliz).

Y estas líneas, pretenden ser solo un recuerdo al hombre humanísimo y bonachón, que en los ratos libres que le quedaban después de ser Cristo en la tierra, escribía bellos trabajos de historia colaborando en este programa.

PASCUAL ANTONIO BEÑO GALIANA